

TRADITIO SCALABRINIANA n. 11

Collana Traditio Scalabriniana n. 11 - Approfondimenti, Testimonianze, Meditazioni

Comitato di redazione Anna Fumagalli, *mss*, Analita Candaten, *mcs*, Giovanni Graziano Tassello, *cs*

Segreteria tecnica: CSEPE: Studien und Bildungszentrum für Migrationsfragen

Centro Studi e Ricerche per l'Emigrazione

Rheinfelderstrasse 26 - 4058 Basel

Tel 0041.61.226.91.00 - Fax 0041.61.226.91.09

cserpe@cserpe.org

PRESENTAZIONE

Nel 2005, anno centenario della morte del Beato G.B. Scalabrini, è iniziata la collana “*Traditio Scalabriniana. Approfondimenti, testimonianze, meditazioni*”. Essa ha come riferimento fondamentale il testo della “*Traditio Scalabriniana*”, che le Direzioni Generali dei tre Istituti della Famiglia Scalabriniana hanno presentato nel giugno 2000: un testo che è il frutto di un “percorso significativo di comunione” e che è stato affidato “ai singoli e alle comunità scalabriniane come traccia da riempire e da approfondire” (Lettera del 25 settembre 2000).

In quanto traccia, appunto, il testo della “*Traditio Scalabriniana*” richiede *approfondimenti, testimonianze e meditazioni* che ci aiutino a crescere nella consapevolezza dell’eredità ricevuta e facciano risaltare l’attualità del messaggio nei diversi contesti in cui la Famiglia Scalabriniana è presente. È questo dunque il senso della collana, che si rivolge non solo ai membri dei tre Istituti di vita consacrata, ma anche a quanti, vivendo a contatto con la realtà migratoria, si lasciano ispirare dalla visione scalabriniana.

Ecco una breve presentazione dei contributi di questo numero:

Il saggio di **p. Rigoni**, parte di uno scritto molto più ampio, ci aiuta a rileggere in chiave di fede le tappe del cammino del migrante. Si tratta di un cammino sorretto dalla speranza, paragonabile alla speranza che ha condotto il popolo di Israele nel suo pellegrinaggio verso la terra promessa. I gesti assumono la sacralità di una liturgia e le parole raccolte o confidate con devozione portano ad un confronto spontaneo con la Parola del Signore e la natura stessa di Dio e della sua chiesa. Ci troviamo di fronte, quindi, ad una religiosità e ad una spiritualità donateci da uomini e donne itineranti, che divengono i nostri maestri nella fede e ci aiutano a percepire la necessità di una chiesa che sia la tenda dell’incontro con il Dio della tenda, un Dio che non fa mai mancare una pietra per cuscino e una stella come tetto al migrante.

Nei suoi spunti di meditazione, **Maria Grazia Luise** pone a Maria la domanda che due discepoli di Giovanni avevano rivolto a Gesù: “Dove abiti?”. Non si tratta di metterci alla ricerca di un luogo fisico, ma di comprendere quale sia stata la sua più profonda dimora. Il cammino cristiano che intraprendiamo con Maria ci porta alla comunione trinitaria, la vera patria in cui siamo chiamati ad abitare. La certezza di avere una casa permanente ci rende capaci di relativizzare le appartenenze limitate. La casa trinitaria è accogliente perché porta a stimare l’altro nella sua differenza ed a lasciarci trasformare vicendevolmente. E Maria, madre per la potenza dello Spirito, ci rigenera continuamente a tale appartenenza.

Nella nostra ricerca di una spiritualità che non sia generica non è solo importante soffermarci sulla vita e sugli insegnamenti del fondatore e dei co-fondatori, ma anche sulle persone che sono venute in contatto diretto con loro e che hanno vissuto in prima persona l’entusiasmo carismatico degli albori di una famiglia religiosa. **Sr. Giuliana Bosini** rilegge in chiave di itineranza la vita e l’operato di madre Lucia Gorlin, che, emigrata da piccola in Brasile con la sua famiglia, una volta entrata in congregazione, ha realizzato con alcune consorelle il ritorno in Italia delle Suore Missionarie di San Carlo – Scalabriniane. Utilizzando il diario, la corrispondenza e le testimonianze di suore che l’hanno conosciuta personalmente, vengono messi in risalto i tratti più evidenti di tale itineranza, vissuta come abbandono fiducioso alla Provvidenza e adesione ad ogni costo alla volontà del Signore. E anche durante la sofferenza degli ultimi anni, madre Gorlin rimane fedele alla sua più profonda passione: “Vivi per Gesù. Solo per Lui”.

- **Approfondimenti:** *Baluceo litúrgico en el camino del migrante. Expresiones, gestos, rituales del pueblo indocumentado y refugiado desde Centro América hacia el Norte*, P. Flor Maria Rigoni, cs
- **Spunti di meditazione:** «Dove abiti?» *Chiediamolo a Maria*, Maria Grazia Luise, mss
- **Meditazioni:** *Madre Lucia Gorlin e la sua itineranza. La testimonianza di una delle prime suore scalabriniane*, Sr. Giuliana Bosini, mscs

* * *

APPROFONDIMENTI

Baluceo litúrgico en el camino del migrante Expresiones, gestos, rituales del pueblo indocumentado y refugiado desde Centro América hacia el Norte

P. Flor Maria Rigoni, cs

Andando por las veredas de la migración, sentado en la misma mesa con los indocumentados y con cuantos son hijos del viento y de nadie, en las Casas del Migrante Scalabrini, en los campamentos de refugiados o asomándome al mundo de los solicitantes de refugio, he intentado ser sus oídos, ojos y su corazón. Compartiendo con ellos esperanzas, dramas y lágrimas, el dolor del fracaso y de la exclusión, el sueño por una patria que les proporcione pan, me hallé muchas veces celebrando una liturgia donde las rúbricas se mezclaban los relatos de esta gente en camino.

Eran celebraciones a veces calladas, donde el llanto era la música de trasfondo de un misterio que nos rebasaba a todos; otras veces las lágrimas de mamás o jóvenes, aplastados por la hambruna o heridos profundamente en su dignidad por la corrupción o el estupro, se volvían agua para un bautismo de novedad o rito de bendición. Ha sido un río de recuerdos, narraciones y desahogos que salían hacia el cielo, único interlocutor a veces en un mundo sordo y hostil.

En mi experiencia con los migrantes he podido recoger aquello que podríamos llamar de un *corpus liturgicum* informal, un cúmulo de expresiones, que he intentado recopilar, ordenar e interpretar en un plan teológico y eclesial. Los rituales sabían más y más a vida encarnada y a celebración de una esperanza, que parecía sufocada en la garganta y volvía a salir en baluceos casi de niños renacidos.

La seducción de mi ser misionero para con los migrantes, hijo de Scalabrini e hijo de una iglesia peregrina, ha sido el contagio por el Dios del camino, por este Yahwé que se revela al andar. Ha sido el Cristo Migrante en la calzada que baja a Jericó y aquel encontradizo que se da a conocer en la posada de Emmaus. Simplemente quería compartirlo con ustedes, “para que también ustedes estén en comunión con nosotros” (1 Jn 1,3). En este caminar con los hermanos y hermanas migrantes, chocando con muros y fronteras, con discriminación y rechazo, he llegado a un umbral nuevo de mi vida. Contemplo un horizonte mojado de la sencillez de los pobres, embriagado por la audacia de quien avienta el corazón más allá de fronteras y pasa por encima de púas o cruza campos minados. Es un nuevo amanecer cargado de esperanza y liberación.

Comprensión del término *liturgia*

El término griego *leitourgía* se compone de dos partes: *léitos* (que dice respecto al pueblo) y *érgon* (acción). En el mundo griego la palabra indicaba un servicio público y fue cambiando de matices hasta indicar en la edad helenística cualquier tipo de servicio. Es a partir del II siglo de nuestra era que el concepto se va volviendo hacia un sentido y un ámbito más religioso, hasta definirse como *servicio cultural a Dios*.

En la traducción de los LXX la palabra *liturgia* se emplea tan solo cuando se refiere al servicio específico de los sacerdotes o levitas cumpliendo con el culto a Yahwé. En el NT el mismo término indica un abanico algo amplio.

De facto, si nos remontamos a los primeros siglos de la Iglesia, las celebraciones cristianas se caracterizaban por su sencillez y ductilidad. Había un borrador común relacionado por lo general a la

tradición apostólica. La Palabra de Dios tenía una importancia fundamental. Luego eran los acontecimientos de Cristo, el misterio de la salvación y el contexto histórico y social de cada comunidad los rasgos y las modalidades de esas liturgias.

La palabra *liturgia* entra en la iglesia de occidente tan solo en el siglo XVI (1558). Hasta aquel momento se traducía en latín la palabra griega *leitourgía* con *ministerium, officium, ritus, munus*, casi a subrayar la variedad de un culto a Dios, que podía ser de un individuo o de la asamblea, en la eucaristía o los demás sacramentos, así como en reuniones domésticas, públicas o privadas.

Hoy en día se nos hace difícil pensar en una liturgia afuera de todo un ritual marcado por las rúbricas, los textos codificados por la iglesia, los rituales definidos.

Devociones y liturgia

En una investigación sobre las expresiones litúrgicas y sus manifestaciones informales del mundo migrante, es necesario gastar dos palabras sobre las *devociones*, expresión amplia para indicar toda forma de manifestación religiosa o relacionada a lo espiritual en sentido lato.

Tomando la raíz de *devotio* nos remite a una promesa con voto relacionada a Dios. En este sentido podemos hablar inclusive de devoción litúrgica y devoción piadosa. A lo largo de la historia, paralelamente al formarse de un *corpus* y del año litúrgico, se desarrollan las devociones populares que cambian en el tiempo y en las geografías regionales, sin cambiar en su anhelo profundo de armonizar el misterio con las problemáticas propias del *homo viator*.

La movilidad humana por sus rasgos característicos y únicos lleva a relucir varios aspectos específicos del pueblo cristiano como pueblo de Dios peregrino. Hay en la movilidad humana todos los rasgos del pueblo de Israel antes y durante el éxodo; hay situaciones de conflicto y de emergencia que afinan la relación con Dios y el prójimo; hay en fin una realidad que va extendiéndose a nivel planetario y que atañe pueblos de distintos credos, etnias y culturas, retando por un Pentecostés de nuestros días. Las vivencias de la gente involucrada en el fenómeno de la migración no pueden pasar desapercibidas por una iglesia que quiere seguir siendo madre, casa común, lugar comunitario de la salvación.

La religiosidad popular anda de la mano con la cultura propia de un pueblo o de una etnia. Hay un sin número de definiciones de religiosidad popular, que tal vez podemos reducir así: un complejo de expresiones religiosas, culturales y celebrativas, donde la relación con Dios, con la historia en su pasado, presente y futuro se manifiestan a través de palabras, gestos, símbolos y actitudes. La religiosidad popular se encarna en su pasado, casi reapropiándose de sus raíces, celebra el presente y el futuro en un proceso continuo de su historia.

En la experiencia con el mundo migrante e indocumentado, donde la cultura no sabe expresarse y la preparación académica es a veces nula, se puede percibir el balbuceo del misterio, de una muerte gemelada con la vida, del símbolo que quiere desatar lo oculto y quedarse al mismo tiempo en dependencia. La trascendencia es contemporáneamente cercana y lejana, dentro de la persona y también afuera. En este contexto la *madre tierra* juega un papel profundo, por lo menos entre los migrantes latino americanos.

El pueblo migrante vive en su propia piel la impotencia, el coraje callado de la pobreza, desde el rechazo hasta la acusación de ser un holgazán y criminal. Experimenta la lejanía de las instituciones civiles y por veces también religiosas, viviendo el abandono de años. Entonces inventa los motivos de su canto y de su esperanza. Mi lógica europea, casi Kantiana, me llevó al comienzo a definir a la gente latino americana de Centro América y de México como resignada, sumisa y mandilón. No sabría decir si desde el tiempo de la Colonia o desde antes todavía este pueblo escogió por su vida cotidiana y por su cosmogonía un camino paralelo al camino oficial de la sociedad, de sus gobiernos y de la misma iglesia. Nuestro pueblo no hace planes para su futuro contando con los políticos o sus promesas vacías. Su visión del mundo si sitúa a otro nivel.

La vigilia de un éxodo

El testimonio de un campesino de Honduras, sobreviviente del Huracán Mitch, es uno de los marcos referenciales que preceden y celebran el momento de la despedida. "Todo se lo había llevado el río. Hasta los muertos. Me dijo mi madre: hijo, vende esta vieja radio, sácate un puñado de Lempiras y vete al Norte...". "Esto me decía, como para darle rostro a la esperanza. Me despidió, imponiéndome las manos y bendiciéndome. Un nudo a la garganta enlazaba a los dos: acababa de perder a mi mujer y tres niños, ahora era como enterrar viva a mi madre".

Es una cita que viene desde lejos, meditada, soñada y de repente cancelada como pesadilla. Regresa de puntillas delante de bocas que piden pan, "mientras el café ya no tenía precio y el gorgojo se había llevado

la cosecha”¹ y se parece a la noche del pueblo de Dios con el cayado en la mano y un pié sobre el umbral de salida del hogar.

“Me quedaba mi sudor de pobre, era ya mi llanto callado”².

Y una vez más la migración se pinta de misión y asume los rasgos de la respuesta a una vocación. El migrante sale para regresar a sus padres una dignidad perdida. Es la pobreza preñada de dolor, es el hogar y son las calles vueltas hospitales ambulantes todos los días lo que impulsan a estos Cristos de la migración volcarse al camino. Si en la Biblia la misión que se vuelve éxodo nace del encuentro de Moisés con Yahwé, que escucha el gemido del pueblo esclavo, en el migrante el filo de la navaja que lleva a la ruptura entre pobreza vivida con dignidad y una pobreza ya motivo de estigma, son distintos factores. Primero es la percepción de una pobreza que ya ha rebasado el umbral entre muerte y sobrevivencia; luego el bombardeo de los medios de comunicación, de la moda, de los que regresan desde el Norte ostentando fachadas de riqueza vacía: quien ha quedado atrás se halla de repente objeto de mofa, de una acusación callada que suena a derrotado y hasta cobarde.

Empieza así el proceso complejo y dramático que desembocará en la decisión de partir. Hay un llamado confuso que invita a dejar una situación que ha rebasado el umbral de aguante. Hay una ruptura con el ambiente y consigo mismo que clama por una superación. Hay los ojos ausentes y cansados de las personas queridas, padres e hijos o parejas, que terminan por ser interpretados como un pedido por un algo más.

En la despedida se van juntando elementos tradicionales de espiritualidad ancestral, otros derivados del Cristianismo: todo en un marco que se acerca al sacramento. Hay *signos – palabras – ritos*. En esta despedida del migrante con sus oraciones espontáneas y con las que uno se lleva en el bolsillo tenemos un *sacramentario* sencillo, sin rúbricas y sin embargo lenguaje de su liturgia. La pequeña comunidad lo envía como el viejo Tobías al joven Tobit, acompañado por un ángel protector. Rafael en nuestro caso cambia de nombre: es el ángel de la guarda, la Virgen del pueblo o del país, un santo protector taumatúrgico o encomendado por la abuelita o el cura del poblado, el Beato Scalabrini cuando pasan por nuestras Casas del Migrante, etc.

La dimensión de la voluntad de Dios en la decisión de emigrar se acompaña a lo largo de todo el itinerario del migrante, inclusive perdura cuando ya finalizó el cruce y se ha asentado en la nueva tierra. “Sí, no hay que renegar porque es la voluntad de Dios y si salimos llorando queremos regresar cantando”³.

El migrante vive en el dolor la voluntad de Dios, una voluntad que nuestra lógica occidental o moderna descarga sobre la malicia de quien planea la economía o gobierna la política. El migrante latino americano desde hace tiempo ha creado para su mundo cotidiano e histórico una relación tal vez para los filósofos virtual, y de sobra real, donde saca agua como de un pozo personal.

Es una voluntad de Dios que muchas veces los indocumentados nos transmiten en el marco evangélico de la última cena y de la oración en la huerta de Getsemaní. Hay dolor, hay un sudor que sabe a gotas de sangre, pero no hay rebeldía o maldición. En el migrante no hay rebeldía o maldición por su suerte amarga. Dios sigue siendo el Dios de la misericordia, el Dios Providencia, el Dios que nos acompaña y cobija. Es un rasgo teológico que por lo menos la pastoral tendría que tomar en cuenta, más que nada en los sermones, donde se corre el riesgo de regresar al hoyo de donde el indocumentado había salido. El Dios del miedo o el Dios del juicio no pertenecen al mundo religioso de la migración.

El migrante unifica en su vida el connubio *fe y esperanza* en un columpio siempre armónico. Es una esperanza que enciende la noche, anticipa la salida del túnel, contagia las tinieblas de la noche y de cuantos ya resignados quisieran sentarse a lo largo del camino.

“Algún día volveremos a nuestra tierra, esa es la esperanza que nos mantiene vivos”⁴.

“¡La esperanza no llena el estomago, pero nos mantiene!”⁵.

La decisión de migrar penetra en el corazón del migrante y más aun del refugiado como experiencia de muerte: lo aplasta en sus raíces hasta desgarrarlo. Él sabe que tendrá que brincar una zanja, abrir un vacío entre si mismo y quienes quedan, desaparecer al horizonte, aceptar de ser tragado por un tiempo de silencio, por la incertidumbre del mañana. Al mismo tiempo quiere encadenarse a su hogar.

En la institución de la Eucaristía se percibe este drama. Un Cristo que dice: “Me verán por un tiempo luego no me verán más, pero volveré a ustedes”(cf. Jn 14,28 y passim). Cuando Juan Pablo II afirma que Cristo “ha vuelto al Padre *sólo después de habernos dejado el medio para participar de él*”, más adelante hablando

¹ Motivación de un campesino del Salvador antes de irse a los Estados.

² Testimonio de un serrano de Honduras, 2003.

³ Refugiado de Nicaragua en un campamento de Honduras, Pascua 1989.

⁴ Refugiado guatemalteco en los campamentos de Tziscuau, en Chiapas, 1990.

⁵ Campesina de la zona guerrillera en Chalatenango, El Salvador.

de su sangre derramada continua diciendo: “Manifestó *su valor sacrificial*, haciendo presente de modo sacramental su sacrificio, que cumpliría después en la cruz algunas horas más tarde, para la salvación de todos”⁶, nos da una pauta para la primera relación entre Eucaristía y migración. Cuando Cristo se hace memorial de eternidad, se hermana con cada hijo e hija del camino, tendidos hacia el mañana y con el recuerdo del ayer.

Cuantas veces hemos sido testigos de la fracción del pan entre los indocumentados. Comparten lo que tienen, estrechan la mano al desconocido, levanta a quien ha caído, dan desde su pobreza. Es un sacrificio callado el de miles de migrantes. Un sacrificio que más tarde y no siempre se vuelve memorial. La muerte que no deja rastro, la derrota, el olvido recluyen aquel sacrificio en una fosa común, que tan solo la resurrección entregará de vuelta en cielos nuevos y tierra nueva.

Vivencia en la trayectoria

La experiencia del migrante a lo largo del camino hacia una tierra desconocida, imaginada tan solo a través de la televisión, de las exageraciones de cuantos dicen conocerla, sin haber nunca estado allá o de los que regresan y la pintan como tierra de otro planeta, conjuga al mismo tiempo el camino de los Patriarcas y del pueblo de Dios en su éxodo por un lado y el Vía Crucis del Cristo por el otro.

El desierto del migrante se parece al desierto que lleva al Sinaí o al Monte Horeb, así como el descampado de la noche, los caminos de extravío, las veredas llenas de insidias. Él conoce su Masa y Meriba, la esperanza que va apagándose, el grito de rebeldía que se sofoca en la garganta delante de la corrupción, del robo y del abuso. Hay también la experiencia del maná, tendido por un desconocido, la fiesta de las aves, cuando le sale una comida rica.

Como los Patriarcas el migrante deja toda una serie de altarcitos a lo largo del camino. Como el Cristo él conoce las estaciones donde se encuentra con el hombre de Cirene o con Verónica o las mujeres de Jerusalén, que le recuerdan su madre o su esposa. Son los samaritanos y samaritanas que te depositan por un rato en la posada y curan tus heridas.

Celebro la esperanza allí donde ya no hay motivos para esperar.

Celebro la resurrección allí donde la muerte clama, grita y vive.

Celebro la fe allí donde mi lógica ha quedado atrás y Dios está más allá.

Celebro el amor allí donde el odio ya lo destruyó todo.

Celebro el peregrinar cuando en mi camino a lo lejos veo destellos de resurrección.

Celebro mi contemplación cuando mi sed de infinito se hace más grande y la sed de trascendencia se carga de inmanencia.

*Celebro mi consagración cuando todo mi ser pide la armonía y la integración en la radicalidad del testimonio y en la invitación a hacerme eucaristía. O muchas veces simplemente celebro una celebración*⁷.

Este testimonio abarca, creo, todo el abanico de la experiencia del migrante – refugiado o deportado. Sabe divisar los momentos de muerte y de vida. Sin embargo el núcleo de la perspectiva litúrgica y teológica encerrado en esta proclamación es la última frase: *muchas veces simplemente celebro una celebración*. Aquí se rompen esquemas de leyes, de tiempos, de espacios o la necesidad de justificar la celebración. Nace espontánea como liturgia cósmica y antropológica, en aquella relación directa entre el ser humano y Dios.

“Intenté hacerme éxodo, peregrinación con ellos y ellos me transformaron en Pascua del Señor”⁸.

Es tan solo sentados a su lado, escuchándole, dejando que le río de emociones, sentimientos encontrados se desahoguen, cuando podemos captar e intuir la riqueza escondida que a veces llevan adentro. Es la sabiduría de la vida, la inspiración del Espíritu, las contradicciones del cruce, las circunstancias que moldean y forjan al sencillo. Las aventuras, los sufrimientos del camino se hacen historia relatada y compartida. “No me puedes ayudar, padrecito, yo lo sé, pero escuchándome tú has sido como el pañuelo de mis lágrimas, yo sentí que mi historia te interesaba, era importante. Por ti hoy me siento alguien”⁹.

Se trata de una gratuidad que te desarma, donde el pobre te agradece por el simple hecho de haberlo escuchado, de haberte arrodillado con él para quejarte con un Dios, que parece haber enmudecido sobre este hijo, haberse retirado de su camino.

Es un camino mojado de lágrimas, que deja atrás “un cementerio sin cruces”¹⁰, marcado por abusos, fraudes, despojo y rechazo. Es al mismo tiempo lugar sacramental del perdón y de la solidaridad.

⁶ JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, nn. 11-12.

⁷ Misionera Contemplativa Caminante en los campamentos de Honduras, Pascua 1989.

⁸ Voluntaria italiana en Tapachula, Chiapas, 2006.

⁹ Campesino de Michoacán, 1996, que me había leído una carta donde le pedían 5,000 dólares para rescatar a su hija que estaba secuestrada en San Diego, California.

¹⁰ Expresión de un refugiado nicaragüense, Guasitos, Honduras, 1989.

Solidaridad y perdón, hacia compañeros y policías, hacia asaltantes y pandilleros. Es un camino que se torna reconciliación, cuando la noche te entierra en la soledad y por primera vez escuchas el canto de la naturaleza, cobijado por la catedral cósmica del cielo con sus estrellas. "Salí peleado con mi padre. Llegué a maldecirlo. Pero anoche, cuando por una tristeza infinita me metí a una cantina y salí a tirarme bien crudo en el monte, pensé en él y lo entendí. Logré también perdonarlo, porque así me perdonaba a mi mismo"¹¹.

Tan solo una que otra vez esta reconciliación es sellada y celebrada en el sacramento de la iglesia. Muy seguido la función del sacerdote la ejerce es un compañero de camino, una muchacha que sirve de mesera en una posada, son los voluntarios de las Casas de Acogida, que se transforman como para el hijo pródigo en el lugar meditativo y purificador de su regreso al Padre. Son frecuentes las señas, las flores y las veladoras ofrecidas en puntos específicos, para marcar y recordar a la historia un encuentro, un peligro escapado, una acción de gracias. En las iglesias o capillas que los acogen, los migrantes quieren dejar este recuerdo.

El migrante latino americano y campesino vive de forma innata la vocación de continuar prestando mano a la obra de Dios en la creación. El migrante no ha olvidado el recordatorio de Yahwé: "¡Mía es toda la tierra!" (Es 19,5); él vive toda su existencia con la conciencia de Abraham, cuando se presenta delante de los hijos de Het, para pedir un pedazo de tierra, donde enterrar a Sarah: "Yo soy un simple forastero que reside entre vosotros. Dadme una propiedad sepulcral entre vosotros, para retirar y sepultar a mi muerta"(Gen 23,4).

"¿Por qué nos ponen púas y perros de acero cuando queremos ofrecer dos manos para trabajar allá una tierra que Dios dio para todos y hay áreas aún abandonadas?"¹².

El indocumentado no considera la tierra meta de su emigración como una tierra prometida. Simplemente para él es una tierra donde sacará pan para si mismo y su hogar, un lugar de empleo, donde por varias circunstancias se le paga más el mismo trabajo llevado a cabo en su país. Si queremos, es una extensión de la tierra que acaba de dejar, la misma rentada por Dios a la humanidad. Si para el pueblo de Israel, Egipto representaba el lugar de la esclavitud y del destierro, para el migrante la tierra que deja queda la cuna de sus raíces, el objeto de su nostalgia, donde acurruca su soledad, se refugia en la depresión y alimenta la esperanza de volver mañana con un pan menos amargo.

La certeza de la presencia de Dios

"La fe es testimonio callado, es gemido de esperanza que regresa a los muertos, al coro de los santos"¹³. Es el canto de una liturgia popular, si queremos, y con todo muy profunda. Es la experiencia de la muerte, de la soledad, la pesadumbre de ver caer a tu lado compañeros, amigas, soñadores de la revolución o de un futuro mejor que se libera en el horizonte de la plenitud. La fe en estos testimonios da rostro y palabra teológica al sentir y vivir de muchos migrantes. Ellos avientan el corazón más allá de la lógica humana, rebasan muros y fronteras por arriba, como globos que se levantan hacia la altura. Todo esto nos hace recordar lo que rezamos después de la consagración en las anáforas eucarísticas: celebramos tu muerte, anunciamos tu resurrección hasta que vuelvas. Es como una eucaristía anónima, si queremos, liturgia viviente que brota en el mañana.

"Hasta la próxima Eucaristía, hermano, sino hasta la resurrección"¹⁴.

"La iglesia era el pañuelo de quien lloraba, la almohada de quien moría"¹⁵.

Esta expresión entre las más conmovedora de mi caminar entre los refugiados, nos regresa a la iglesia como *tienda del encuentro*. Es el lugar sencillo, sin puerta, donde puede acudir toda persona, sin cita, sin arreglo especial, para encontrarse con su madre, porque a Dios el pobre lo concibe como una madre y un amigo. Es la iglesia *santuario*, el concepto de la ciudad refugio (Nm 35,14ss). Cuando a tu alrededor se te hizo tierra quemada, cuando todos los puentes, hasta para regresar atrás, parecen haber sido derribados, esta iglesia - templo - tienda sigue abierta.

El concepto de tienda afirma lo provisional de la vida nómada. El migrante pasa días y semanas en aquella tienda que es la naturaleza, con el cielo por techo y los animales por compañeros. En los testimonios de muchos de ellos los labios se sueltan en la oración callada de la noche, la mano se estrecha casi a sentir la presencia de Dios que lo puede cobijar y puede ser la línea telefónica con su hogar lejano. El Dios encontrado así no hace las preguntas de los policías, de las autoridades, ni tampoco las de muchos albergues o instituciones. Simplemente es el Dios de la tenda, del encuentro. Y la tienda se deshace en la

¹¹ Migrante de Michoacán, Tijuana, 1987.

¹² Parte de una oración de los fieles en el Caños Zapata, Tijuana, en la mera línea de división entre México y USA, durante una Eucaristía en el descampado, bajo los binoculares de la Migra, 1986.

¹³ Un maestro de Nicaragua, refugiado en Honduras durante la guerra de los Contra, 1988.

¹⁴ Era la fórmula litúrgica con la cual se despedían los Delegados de la Palabra en Guatemala, durante la guerra civil, sobre todo en los Departamentos del Quiché y del Petén, donde el ejército perseguía o mataba a los católicos. La Eucaristía celebrada y vivida como parusía y resurrección.

¹⁵ Mujer refugiada de Chalatenango, El Salvador, 1987.

madrugada, la cargas contigo hasta plantarla más allá. Se repite en la historia de los migrantes el recorrido de los patriarcas, camino marcado por estelas de piedras, altares, árboles donde Dios se hacía encuentro (Gen 12,7s; 13,18; 22,14; 26,25; 18,1; 28,18s; 32,31; 35,14).

En una casa de cemento, en una morada cercada y estable se identifican los que tienen llave de acceso, códigos compartidos. La tienda es siempre abierta y se mueve de un lado a otro: todo espacio es lugar libre para una tienda. “Para el migrante, hasta para el más desamparado, mi Padre Dios siempre me tiene una piedra como almohada y una estrella como techo”¹⁶.

“Yo se que la iglesia católica nunca ha negado una mano tendida de ayuda al necesitado...”. Esta afirmación de una ciudadana americana de paso por Tapachula hacia Centro América y que había sido robada de todo, tocó a las puertas del Seminario y de allí a la Casa del Migrante. Era de religión bautista y me impactó esta expresión.

En mi sentarme con el pueblo migrante he sido contagiado por una fe que rebasa una vez más muchas categorías filosóficas y conceptuales de la fe y me obligan a repensar la teología de la misma fe.

“¡Gracias a Dios estamos vivos!”. Es la expresión típica de muchos migrantes que sobreviven a la guerra cotidiana de las fronteras, veredas, caminos de extravío y a todo tipo de acoso. Esta fe que avienta el corazón de los sencillos hacia un Dios más allá de los fracasos, de la lógica del mundo viste al migrante como su segunda piel y hace de él una liturgia constante de diálogo con Dios. “El es el único y verdadero libertador de nuestro pueblo. Su mano poderosa ha estado con nosotros y El nos dará la victoria”¹⁷. “La fe es garantía de lo que se espera”(Hb 11,1): la esperanza es el gran sacramento de la fe del migrante. Él inventa los motivos de su esperanza, inventa un horizonte siempre al alcance de su mirada y de su paso y con ello alimenta su fe. Es una fe asombrosa, donde el revés se abandona, como para el ladrón teólogo, a apostar sobre un Cristo derrotado. Es la vivencia de quien espera Algo y Alguien, rebasando todo tipo de resignación.

En los encuentros, diálogos y escucha con los miles de migrantes que han cruzado mi camino en América latina, hay expresiones como: *primeramente Dios – si Dios quiere – Él sabe – Dios primero – es Su voluntad – por algo estoy aquí*, que irrumpen en la mente e provocan una crítica analítica en todo ciudadano del así llamado primer mundo. Fue el caminar con el oído tendido hacia su corazón y la mente despejada de prejuicios lo que me hizo descubrir, como el migrante latino americano, hijo de su pueblo y de su cultura profundamente religiosa, vive un mundo subterráneo de religiosidad muerta en muchas partes de Europa.

La percepción del migrante latino americano, su religiosidad se extiende y radica más allá de la lógica y está impregnada de fe. Un fe que une su vida presente, sus antepasados que han dejado un puente de luz para indicar el camino con ese Dios del “cerca y del junto”¹⁸ y misterioso también. Hay un hilo directo con la divinidad, con el más allá. Canjea con Dios, si podemos expresarnos así, lo mínimo: un trabajo, pan para su hogar, su sobrevivencia. Es una fe sin adornos, encadenada como ancla sobre el abismo, colgante en el vacío entre un Dios padre - madre y sus hijos.

“¿Qué importa saber de dónde venimos? Más vale saber a dónde vamos...”¹⁹.

Aquí nos topamos con la encrucijada donde convergen la experiencia migratoria y la dimensión cristiana del hombre *viator*, que no tiene aquí ciudad permanente (Heb 13,14). El migrante no mide su camino por lo que lo separa de su tierra y de su pasado, sino más bien por lo que le falta para llegar. Es una actitud de libertad, que conlleva mucho más que tan solo un ir de viaje, un caminar. Es en el fondo la actitud de quien sigue con el pie levantado, listo para cualquier éxodo. “Íbamos cansados, arrastrando una esperanza casi rendida, pero al fin se volvió Pascua”²⁰. Se mide desde el futuro: cuando esta perspectiva se pierde, entonces el migrante ha cesado de ser tal: “Es uno de los muchos asentados y atornillados del nuevo país”²¹.

El Dios de la tienda

“Yo no he habitado en una casa desde el día en que saqué a los Israelitas de Egipto, sino que he estado peregrinando de un sitio a otro en una tienda”(1 Cro 17,5). Cuando el rey David quiere construir un templo en su honor, Dios responde que no necesita un templo, porque la tienda, esta casa móvil, es la morada de quien ha tomado la opción de estar con su pueblo (2 Sm 7,1-7).

¹⁶ Migrante oaxaqueño que regresaba otra vez a los Estados por la cosecha del pepino. Tijuana, 1985.

¹⁷ Refugiado nicaraguense en Honduras, Guasimos, 1989.

¹⁸ Expresión de la religión Náhuatl.

¹⁹ Expresión de una muchacha de Nicaragua en el Cañón Zapata, Tijuana, 1986.

²⁰ Catequista de El Salvador, huyendo con un grupo de jóvenes, en la guerra civil, porque acusados por el Ejército de ser guerrilleros, 1990.

²¹ Observación de un paisano en Tijuana, hablando con sus primos radicados en Los Angeles, con un McDonald en la mano y una Coca en la otra.

La esperienza caminante del migrante nos sugiere una imagen dinámica de Dios. El Dios bíblico se caracteriza por ser un Dios caminante, un Dios peregrino que se hace tienda andando con su pueblo. Siguiendo la narrativa del Éxodo podemos afirmar que el Dios de Israel no es un Dios sedentario y estático, sino un Dios que libera a su pueblo de la esclavitud de Egipto y lo acompaña y guía en el camino hacia la Tierra Prometida. El Dios de Israel escucha a su pueblo y lo aconseja en la *tienda del encuentro* durante el éxodo en el desierto, porque es ahí que se hace presente y disponible a su pueblo y a su siervo Moisés (Ex 33,7-11).

La tradición del Dios de la tienda continúa también en el Nuevo Testamento: “La Palabra se hizo carne y plantó su tienda entre nosotros” (Jn 1,14), afirmando así el concepto de la Encarnación de Dios en Jesús. Este texto nos dice que Jesús, como en una carrera de relevos con el Dios de Israel, planta su tienda entre nosotros escogiendo una vez más esta presencia móvil con la humanidad en camino precisamente para orientarla hacia el Reino de Dios. Es un Dios que se hace viajero en medio de nosotros en una mujer, María, la primera tienda caminante de la historia. Es el Cristo que se identifica con uno extranjero en el Buen Samaritano, que se detiene para hacerse prójimo de un desconocido y cumple con el mandamiento del amor.

La tienda del Cristo es su madriguera, es la actitud de quien está en el camino, que no necesita ser buscado en una casa o en el templo, sino en los cruceros, donde estarán los pobres, los cojos, los ciegos, los leprosos. Él viene como peregrino en medio de peregrinos, hermano de un pueblo que no tiene aquí morada permanente.

De esta manera la metáfora del Dios de la tienda se transforma en uno de los modelos teológicos más significativos de nuestra época caracterizada por las migraciones masivas de personas en todo el planeta. Esta es seguramente una metáfora desempeña un papel crítico con relación a ciertas imágenes estáticas de Dios que tratan de encerrar lo divino en edificios, monumentos, templos, y tabernáculos. Para los cristianos esta metáfora representa precisamente la invitación a la itinerancia, a la movilidad, a salir más seguido del templo para seguir al Dios de la tienda por los caminos de este mundo.

* * *

SPUNTI DI MEDITAZIONE

«Dove abiti?» Chiediamolo a Maria

Maria Grazia Luise, mss

Sappiamo che i due discepoli di Giovanni Battista un giorno chiesero a Gesù dove abitasse ed egli li invitò ad abitare con Lui: «Venite e vedrete» (Gv 1,39).

Forse nessuno chiese mai a Maria, la madre di Gesù: «Dove abiti?». Eppure questa potrebbe essere una domanda che ci interessa, sì, che interessa alla chiesa, la quale ha in Maria la sua immagine più perfetta. Vorrei dire: interessa all'umanità, semplicemente, sapere dove possa trovare casa una donna, trovare casa nel senso più profondo di una identità. Dove avrà potuto trovare la sua sicurezza Maria, questa donna chiamata da Dio a divenire madre di Suo Figlio e a dividerne il destino? Non si tratta dunque di collocare la sua abitazione fisica, ma la sua più profonda e libera dimora.

Il sogno di una comunione senza confini

Una donna sembra fatta per divenire lei stessa, più che la sua casa, un luogo di rapporti interpersonali, di rapporti di amicizia, di comunione. Ma questo compito è più che mai vanificato, oggi, dall'anonimato di una società produttivistica e settorizzata che, come in una stamperia, raggruppa le lettere, uguali con uguali, pronte per l'uso. Così, finché rimaniamo nei nostri cassetti mentali, sociali, culturali, religiosi, viviamo il non senso di una ripetitività che non riesce a trovare riposo in un legame significativo.

A questo punto verrebbe quasi il pensiero di benedire le migrazioni che, pur causate da innegabili ingiustizie e da costrizioni dovute a situazioni drammatiche, ravvicinano popoli lontani e diversi.

Infatti, non un turista o chi viaggia solo per propri interessi, ma chi è costretto a partire per sopravvivere, come il migrante, può più facilmente scoprire dentro di sé la sete di legami veri, di una comunione che non escluda nessuno. Mentre si cammina piangendo, come è detto nel Salmo 126 di chi getta il seme, può nascere nel cuore un sogno, molto simile a quello di G.B. Scalabrini: il sogno di una patria nuova, quella di una comunione che non ha confini e che si allarga oltre ogni terra; quella di rapporti di socialità e solidarietà, in cui tutti i popoli finalmente dovrebbero poter abitare nella giustizia e nella pace, secondo nuove relazioni di scambio e di equità, dove i più svantaggiati vengono messi al centro.

Ma, lo vediamo, non bastano le migrazioni ad unirci perché, pur incontrandoci sulle stesse strade, siamo ancora distanti: distanti dal vivere relazioni di reciproca stima nella diversità di ciascuno. Non sono sufficienti le capacità psicologiche, gli equilibrismi, le politiche umane... per poter vivere rapporti veri tra persone diverse.

La comunione, che non esclude nessuno e valorizza la diversità di ciascuno, è frutto dello Spirito Santo. Viene, infatti, dall'alto, da Dio ed è, al di sopra e al di fuori di ogni logica puramente orizzontale, la forza che può far incontrare le persone più diverse nell'appartenenza ad un tutto in cui ogni frammento è significativo. Così, se si volesse stampare un capolavoro della letteratura, è solo l'ispirazione dell'autore che riunisce e valorizza le lettere scelte a formare parole, pagine, capitoli di un'opera che ha valore universale.

Dove abita Maria?

Allora: «Dove abiti?». Sembra veramente interessante trovare una risposta rivolgendo questa stessa domanda a Maria e soprattutto lasciando che lei ci risponda con i fatti della sua vita. Maria, infatti, vive la sua vicenda quotidiana, in cui prende volto e si fa storia la sua vocazione, nella stabilità della fede in Dio. Già da quando ci appare come una semplice ragazza della sua terra e del suo tempo, il dono di Dio trova in lei tutto lo spazio per esprimere, nell'adesione al progetto che Dio ha su di lei, una libertà impressionante. È per questa libertà che Maria può uscire da tutti gli schemi e da tutte le categorie della sua società. Maria allora ci potrebbe ancora rispondere: «Si faccia di me secondo la tua parola» (Lc 1,38), cioè: «Abito nel progetto che Dio ha su di me, nella Sua parola creatrice».

Sì, lei abita nella Parola fatta carne, che è il Figlio, dal quale è sempre portata, anche quando è lei che lo porta in seno. È talmente profondo questo suo abitare in Lui, che diviene relativa la distanza o vicinanza fisica, persino psicologica. Anzi, la distanza tra il Figlio e lei sembra destinata a crescere via via che il Figlio cresce e si allontana da lei per fare la volontà del Padre.

Maria, dunque, non abita nelle possibilità o nei limiti della psicologia femminile. Ma, proprio perché si mette totalmente a disposizione del piano di Dio, le è dato di abitare nello Spirito Santo. In Lui è la sua casa, nella Pentecoste, anticipo e speranza di comunione per tutti.

E noi dove abitiamo?

A questo punto, però, verrebbe da fermarci e rimanere ad ammirare l'evidenza del capolavoro divino che si realizza in Maria, rifugiandoci forse nell'alibi di un privilegio a lei soltanto concesso e, quindi, irraggiungibile per noi... poveri peccatori.

E tuttavia, se fossimo davvero convinti di essere poveri peccatori, saremmo già con il piede sollevato nel passo, pronti ad uscire dalle nostre chiusure e giustificazioni e, come quei due discepoli alle quattro di quel pomeriggio, accetteremmo volentieri di muoverci e di andare ad abitare con Lui.

Si tratta di prendere coscienza del trasferimento che è incominciato con il nostro battesimo, in forza del quale non siamo più ospiti o stranieri ma concittadini dei santi e familiari di Dio, come dice la lettera ai cristiani di Efeso (2,19). In Cristo, infatti, siamo stati anzitutto creati e in Lui e con Lui noi pure siamo chiamati a vivere da figli di Dio; con-sepolti e con-risorti con Lui nel battesimo, apparteniamo al Suo stesso corpo. Così, dal momento che siamo parte dell'umanità assunta personalmente dal Figlio eterno del Padre, già da ora, come figli nel Figlio, apparteniamo alla stessa famiglia di Dio: non quasi occupando un quarto posto vicino al Padre, al Figlio e allo Spirito Santo, ma rimanendo incorporati al Figlio, diventando parte della sua stessa umanità filiale, sempre in relazione con il Padre.

G.B. Scalabrini, nella sua spiritualità d'incarnazione, ha espressioni molto efficaci a questo riguardo, quando scrive: «Iddio ama il suo Figlio e lo ama essenzialmente ed è impossibile che si compiaccia in altri che in Lui, perché l'amore di Dio è infinito e non può avere altro oggetto che un oggetto infinito: *Questo è il mio figlio diletto, nel quale mi sono compiaciuto* (Mt 17,5). Ma quel Figlio suo diletto si è fatto uomo. Dunque in Lui il Padre ama l'uomo. Con una sola compiacenza e dilezione, in Gesù abbraccia tutto, anche il corpo, anche la carne, anche l'anima. Ora noi siamo quella carne, quelle ossa, siamo quella natura, siamo un corpo con Cristo ed in Lui e per Lui siamo fatti figli di Dio, anzi lo stesso Figlio di Dio che si estende in noi. Dunque noi pure in Lui siamo avvolti e compresi dal Padre in un solo atto d'amore e come in noi e su di noi si allarga e si estende la figliolanza per cui Cristo è Figlio di Dio, così a noi pure si allarga ed estende anche l'Amore del Padre ...»²².

La comunione trinitaria, cui già da ora possiamo aver parte, è la vera patria in cui siamo chiamati ad abitare, accolti e riconciliati nel perdono che il Padre di ogni misericordia ci dona, perché diventiamo sempre più figli e, dunque, fratelli.

In questa vita di comunione divina siamo tutti chiamati ad abitare. La certezza di *avere casa* nella Trinità è una meta e, nello stesso tempo, il punto da cui partire, consapevoli che il mistero della comunione divina prende dimensioni sempre più ampie e profonde nella misura in cui, con la fede, vi camminiamo dentro. Nei passi di ogni giorno occorre fondare ogni nostra relazione sulla stabilità dell'unica roccia che è l'appartenenza alla vita trinitaria, relativizzando le appartenenze limitate, come quelle sociali e culturali, per ritrovarle nuove e profondamente liberate. Questa continua conversione implica l'impegno concreto, faticoso ma anche affascinante, di vivere... da stranieri (cfr. 1Pt 2,11) e così divenire più accoglienti con chi straniero lo è di fatto.

Un'impensabile grandezza

Guardiamo ancora a Maria: da lei vorremmo lasciarci ispirare per trovare la via di una nuova cultura dell'alterità, che si impone come necessaria in questo nostro terzo millennio, dopo quella dell'essere o del pensiero astratto e dopo quella del soggetto, degenerata in singolarità individualistica, infelice eredità del secolo scorso.

Maria ci racconta con la sua stessa vita che la salvezza è un fatto di accoglienza che si dilata. Basta ripercorrere la sua vita per sommi capi, da Nazaret al Calvario, per constatare cosa volesse dire per lei fare spazio all'altro. Davvero, un'impensabile grandezza è regalata alla vita umana, quando questa – come è avvenuto per la Madre di Gesù – si apre all'altro fino ad accogliere lo stesso Figlio di Dio fatto uomo.

Lei è la vera migrante e pellegrina della fede, la madre che è diventata sempre più figlia, emigrando di esodo in esodo dai suoi progetti e dai suoi pensieri a quelli di Gesù, in un continuo e totale consenso.

Quale accoglienza?

Ma, ci chiediamo, di quale accoglienza si tratta perché anche noi la possiamo vivere a tutti i livelli e in tutti gli ambiti?

Esiste l'accoglienza del buonismo, che non cambia la realtà. Esiste un'accoglienza mirata ad assimilare l'altro, quasi come si fa con il cibo, che si assume per rinforzare ed ingrandire noi stessi. Ed esiste, infine, un'accoglienza che stima e rispetta l'altro nella sua differenza, ovunque e comunque si presenti: uomo o donna, cittadino o straniero, ricco o povero, bianco o nero, e così via.

Questa accoglienza è in grado di trasformarci reciprocamente. Solo così infatti possiamo cogliere l'occasione favorevole per guarire da quella malattia che gli psicologi chiamano onnipotenza infantile, che è poi l'incapacità di vivere in relazione con l'altro. Ogni sentimento di onnipotenza si ridimensiona a contatto con i limiti propri e altrui, quando si scopre che nessuno può considerarsi il tutto o il centro del mondo, ma ne è solo una parte, la quale richiama e rimanda all'altra.

La vita si trasforma quando scopriamo che tutti e ciascuno, con il proprio dono ugualmente bello e necessario, ci apparteniamo nella nostra irriducibile diversità, in quanto siamo chiamati a formare, figli nel Figlio, un solo corpo. Maria è la madre che, per lo Spirito Santo, ci rigenera continuamente a tale appartenenza.

²² G.B. SCALABRINI, «Lettera Pastorale di Monsignor Vescovo di Piacenza per la Santa Quaresima del 1878», in O. Sartori (a cura di), *Giovanni Battista Scalabrini. Lettere Pastorali*, SEI, Torino 1994, 101.

Tu, Maria,
valle accogliente del Figlio del Tuo Dio,
sei la donna che abita nel Suo mistero e gli appartiene.

È Dio stesso che scende
e ti fa madre della chiesa,
madre dell'umanità.
In te salva la storia,
tu che lo lasci passare nella tua vita
perché la vita di ogni uomo
sia valle ricolma di salvezza.

Ad ogni passo la tua risposta
è un esodo di fede
per aderire oltre te stessa
al Suo mistero.

Tu, Maria,
ci rendi possibile
il sogno eterno della comunione,
chiedendo senza sosta per noi
l'unica cosa necessaria:
lo Spirito che nel tuo Figlio
ci fa figli di un solo Padre e fratelli.

* * *

MEDITAZIONI

Madre Lucia Gorlin e la sua itineranza La testimonianza di una delle prime suore scalabriniane

Sr. Giuliana Bosini, mscs

Diventare credenti, per Israele, significa assumersi la responsabilità di *narrare alla generazione futura*. Nella professione di fede, lo *Shemà* (cfr. Dt 6,4-9), Israele non si impegna solo a lodare Dio nell'osservanza fedele dei suoi comandamenti, ma anche a ripeterli ai propri figli. A ripeterli, o meglio, a viverli. Perché è cosciente che, così facendo, ogni gesto della sua vita nell'oggi diventa memoria dell'esperienza di Dio: «In mezzo ai popoli raccontate la sua gloria, a tutte le nazioni dite i suoi prodigi. Dite tra i popoli il Signore regna» (Sal 96,3.10).

Sono felice di poter mettere mano a quest'opera di *trasmissione* e di *memoria* di una donna a cui la comunità delle suore scalabriniane in Europa deve tanto. La riflessione cercherà di mettere in luce in particolare la sua costante ricerca del disegno di Dio, attraverso l'umile ascolto nella preghiera e l'itineranza spirituale che l'aiuterà a compiere, sempre e soltanto, la sua volontà.

Lucia Gorlin nasce a Montecchio Maggiore (Vicenza) l'8 aprile 1879 e muore a Piacenza il 24 marzo 1958. Dall'ascolto delle testimoni dirette si percepisce con profonda chiarezza la libertà interiore di questa donna tutta affidata a Dio. In lei è vivo, quasi una costante, l'andare *oltre*, come per Abramo: «Il Signore disse ad Abram: «Vattene dal tuo paese, dalla tua patria e dalla casa di tuo padre, verso il paese che io ti indicherò»» (Gn 12,1). E ancora: «Prendi tuo figlio, il tuo unigenito che ami, Isacco, va' nel territorio di Moria e offrilo in olocausto su di un monte che io ti indicherò». Abramo chiamò quel luogo: «Il Signore vede»; perciò oggi si dice: «Sul monte il Signore si fa vedere»» (Gn 22,2.14).

La famiglia Gorlin emigra in Brasile quando Lucia ha 12 anni; a Nova Bassano nel 1897 Lucia conosce p. Pietro Colbacchini, missionario inviato tra i migranti italiani da Mons. Scalabrini: sarà il suo primo direttore spirituale e formatore, autentico testimone di vita itinerante, vissuta tutta come *viaggio verso Dio*. Nel 1901 Lucia entra nel noviziato delle suore scalabriniane a S. Paolo; lì nel 1904 incontra Mons. Scalabrini e ha due lunghi colloqui con lui. Nel 1915, con un gruppetto di suore, parte per lo stato del Rio Grande do Sul come pioniera e missionaria. Nel 1924 è nominata consigliera generale, nel 1926 superiora regionale e nel 1927 superiora provinciale per le suore del Rio Grande do Sul. Nel Capitolo del 1935 è eletta vicaria generale, nel 1936 con alcune sorelle realizza il ritorno in Italia delle Suore Missionarie di San Carlo – Scalabriniane.

In ascolto di Dio

Dallo studio dei documenti d'archivio e dall'ascolto di chi ha vissuto con lei sono arrivata alla convinzione che per madre Lucia comprendere *il progetto pastorale di G.B. Scalabrini* sia stato come ricevere una nuova luce. Viene da pensare all'esperienza di S. Paolo: «E subito gli caddero dagli occhi come delle squame e recuperò la vista» (At 9,18).

Anche per lei possiamo dire che, sulla strada che percorreva, l'illuminazione dello Spirito di Gesù le donò di comprendere e di interpretare in modo nuovo le parole e il pensiero di Scalabrini. Le suore attribuiscono a madre Lucia una capacità particolare di ascolto che le permetteva di vedere oltre, con autorevolezza. «Quando vedete una nuvola salire da ponente, subito dite: "Arriva la pioggia" e così accade. E quando soffia lo scirocco, dite: "Farà caldo", e così accade. Ipocriti! Sapete valutare l'aspetto della terra e del cielo; come mai questo tempo non sapete valutarlo?» (Lc 12,54-56). Lei sapeva valutare.

L'itineranza di madre Lucia affonda le radici nella preghiera, specie nell'adorazione eucaristica. Parafrasando Es 13,21-22, possiamo dire che l'Eucaristia era per lei *la colonna di nube per guidarla di giorno sulla via da percorrere, e la colonna di fuoco per guidarla di notte e farle luce, così che potesse viaggiare giorno e notte*: «Di giorno la colonna di nube non si ritirava mai dalla vista del popolo, né la colonna di fuoco durante la notte».

In Gesù madre Lucia trovava le ragioni di quell'ardente gioia e sicurezza che contrassegnava il suo spirito e che si irradiava dalla vita di preghiera al lavoro e alle relazioni in comunità: «L'ideale della missione che proponeva alle suore consisteva nell'aderire tenacemente a Cristo in una vita seria, contraddistinta dalla laboriosità, dalla precisione, sempre in un clima di silenziosa contemplazione e di costante preghiera»²³.

L'amore al Santissimo lo esprimeva concretamente con lunghe ore di adorazione. Davanti all'Eucaristia si trasformava, cambiava volto: «L'abbiamo vista tante volte prostrata davanti al Santissimo, anche nelle notti fredde e senza riscaldamento che a Piacenza erano particolarmente rigide»²⁴. Ricercava, come Gesù, l'intimità con il Padre: «Al mattino presto si alzò quando ancora era buio e, uscito, si ritirò in un luogo deserto, e là pregava» (Mc 1,35). «Madre Lucia insegnava con la sua vita che l'Eucaristia è l'alimento principale della nostra vita spirituale, diceva: "Non lasciate mai la Messa e l'Eucaristia. Come il cibo è l'alimento per il nostro corpo, così l'Eucaristia è l'alimento per lo spirito. È un privilegio poter adorare"»²⁵.

Amava tanto la Madre di Dio. In Lei sapeva di poter attingere con gioia alle fonti della salvezza (cfr. Is 12,3), quella salvezza che si era fatta carne nel Suo grembo. «A quanti l'hanno accolto, ha dato potere di diventare figli di Dio: a quelli che credono nel suo nome, i quali non da sangue, né da volere di carne, né da volere di uomo, ma da Dio sono stati generati. E il Verbo si fece carne e venne ad abitare in mezzo a noi; e noi vedemmo la sua gloria, gloria come di Unigenito del Padre, pieno di grazia e di verità» (Gv 1,12-14). Madre Lucia ripeteva spesso: «Ricordate, suore, che dobbiamo gloriarci di essere madri, come Maria».

Altrettanto amore e venerazione nutriva per San Giuseppe, il custode della famiglia di Nazareth. Tutto affidava alla sua intercessione e la risposta arrivava regolarmente. Una suora racconta: «Ero molto giovane, dovevo partire per la missione e non avevo mai viaggiato in treno. Ho fatto presente la mia preoccupazione alla madre che mi ha subito rassicurata: "Non avere paura, va', io pregherò San Giuseppe per te". L'assistenza si dimostrò straordinaria e miracolosa»²⁶. Un'altra giovane sorella inviata in Francia temeva il viaggio, perché non conosceva la lingua; anche a lei madre Lucia assicurò la preghiera dicendo: «Ti affido a San Giuseppe, ti aiuterà, fidati, va'». Anch'essa sperimentò l'intervento di un giovane che, dopo averla aiutata nelle difficoltà del viaggio, sparì senza lasciar traccia di sé»²⁷.

²³ Testimonianza di sr. Dorotea Simioni.

²⁴ Testimonianza di sr. Arcangela Parolin, sr. Albina Bianchin, sr. Tarcisia Todesco e sr. Adelaide Pellizzari.

²⁵ Testimonianza di sr. Adele Martignoni.

²⁶ Testimonianza di sr. Gelinda Saraggi.

²⁷ Testimonianza di sr. Teresa Ferrario.

Nelle lunghe ore di preghiera, il cielo le parlava e lei ha saputo farsi grempo, mettersi a disposizione per camminare e far camminare nella santità tutta la comunità. Si incarnano in lei le parole di Michea: «Uomo, ti è stato insegnato ciò che è buono e ciò che richiede il Signore da te: praticare la giustizia, amare la pietà, camminare umilmente con il tuo Dio» (Mi 6,8).

Itineranza come abbandono fiducioso

L'itineranza in madre Lucia e nelle prime suore è da cogliere come capacità di interpretare in modo nuovo le parole e il pensiero di Scalabrini. Può essere utile, per questo, approfondire l'immagine del viaggio nel libro di *Tobia*. Dall'inizio alla fine, abbiamo a che fare con l'immagine di un viaggio, che preme verso gli estremi confini, ed oltre. Tobia parte solo. Soltanto al suo ritorno gli sarà rivelata, con nitida precisione, l'identità del compagno: un'identità misteriosa, eppure finalmente riconoscibile. E tuttavia Tobia si affida a quel compagno ed il viaggio si svolge ben al di là delle aspettative, raggiungendo mete e risultati positivi per lui, per coloro che incontra lungo la strada e, al ritorno, per suo padre.

«Allora Tobi scrisse questa preghiera di esultanza e disse: "Benedetto Dio che vive in eterno, il suo regno dura per tutti i secoli; Egli castiga e usa misericordia, fa scendere negli abissi della terra, fa risalire dalla grande perdizione e nulla sfugge alla sua mano. Lodatelo, figli d'Israele, davanti alle genti; Egli vi ha disperso in mezzo ad esse per proclamare la sua grandezza"» (Tb 13,1-4). Tobi comunica al mondo la gioia per quanto ha ricevuto, secondo i dettami di Raffaele: *è un far dono dell'esperienza*.

Il racconto di Tobia illumina l'evento della mattina del 25 ottobre 1895 quando, nella cappella del vescovado di Piacenza, veniva posta da Mons. Scalabrini la prima pietra della Congregazione delle Suore Missionarie di S. Carlo. «Mons. Scalabrini era consapevole della necessità di far premettere alla professione dei voti un certo periodo di formazione e di noviziato ma, come aveva già fatto con i suoi missionari, volle privilegiare l'urgenza pastorale, ripromettendosi in un secondo tempo, dopo un periodo di sperimentazione e di prova, di richiamarle in Italia»²⁸. Per questo, prima della loro partenza per il Brasile, le aveva rassicurate: «Andate fiduciose, figliole, vi manderò poi altre consorelle e voi ritornerete per formarvi e consolidarvi nello spirito religioso»²⁹.

Il progetto del *ritorno in Italia* rimane scolpito nella mente delle prime suore che avevano conosciuto direttamente Mons. Scalabrini - «Quell'angelo di bontà della chiesa piacentina», come lo aveva chiamato madre Assunta Marchetti, nostra fondatrice - ma anche nella mente della maggioranza delle suore entrate più tardi nell'Istituto. Tutto prenderà forma solo all'inizio degli anni trenta.

Nel giugno 1933 sr. Vittorina Consonni, nipote di p. Faustino, confida allo zio il suo desiderio e la disponibilità di partire per l'Italia *per formare nuove missionarie* da mandare in Brasile. L'8 aprile 1934 p. Francesco Tirondola, superiore regionale degli Scalabriniani in Italia, durante l'accademia pomeridiana nella Casa Madre, in occasione della reintroduzione dei voti perpetui, pronuncia un discorso programmatico per il decennio 1934-1944. Tra i vari punti elencati vi è anche la volontà e l'impegno «di rendere possibile il ritorno in Italia della suore scalabriniane che tanto bene collaborano nelle nostre opere in Brasile»³⁰.

Il 16 marzo 1935 il capitolo generale delle suore elegge la nuova superiora generale, madre Borromea Ferraresi; sr. Lucia Gorlin è nominata vicaria generale. Alcuni giorni dopo la nomina, madre Borromea Ferraresi e sr. Lucia Gorlin sono ricevute in udienza da Mons. Aloisi Masella, Nunzio Apostolico in Brasile e gli manifestano il desiderio di aprire al più presto una casa di formazione in Italia. Il 31 marzo 1935 il Nunzio trasmette al Card. Raffaello Rossi il suo parere positivo sulla volontà delle suore di ritornare a Piacenza, luogo da cui ebbe origine l'Istituto.

In una lettera al Card. Rossi madre Borromea manifestava i motivi ideali di questo ritorno in Italia: «Questo passo, Eminenza, lo chiediamo non propriamente per una soddisfazione, ma per il progresso ed il futuro della nostra cara Congregazione. Sentiamo che così sarà più facile attingere un po' di spirito del nostro venerato fondatore Mons. Scalabrini»³¹.

La volontà di Dio a tutti i costi

Sr. Lucia Gorlin giunge a Piacenza insieme a madre Borromea Ferraresi l'8 aprile 1936. Erano partite da Villa Prudente – S. Paolo – Brasile il 20 marzo 1936. Avevano fatto sosta a Rio de Janeiro per recarsi dal

²⁸ G. TERRAGNI, «Relazione al Convegno 70° Provincia S. Giuseppe» (Piacenza 18.03.2007).

²⁹ L.M. SIGNOR, *Giovanni Battista Scalabrini e l'emigrazione italiana – Un progetto socio-pastorale*, Centro Studi Emigrazione, Roma 1989, 202.

³⁰ G.B. SOFIA, *P. Francesco Tirondola Missionario Scalabriniano*, Editrice Domograf, Roma 1986, 93.

³¹ Madre Borromea Ferraresi al Cardinal C. Raffaello Rossi (7 giugno 1935).

Nunzio Apostolico, Mons. Aloisi Masella. «Ci parlò di diverse cose riguardanti la nostra Congregazione e della necessità della fondazione di una casa in Italia. Ci dimostrò la sua fiducia consegnandoci lettere per il Card. Pacelli, Segretario di Stato di Sua Santità Pio XI. Poi ci benedisse ed augurandoci buon viaggio ci congedò»³².

Il diario testimonia con pagine bellissime la faticosa e costante ricerca della volontà di Dio, accompagnata da una fiducia straordinaria, anche quando i mezzi non erano adeguati. Fu così per la casa di Piacenza. «P. Francesco Tironbola volle sapere se si poteva disporre di otto o dieci mila lire all'anno. Gli rispondemmo che era impossibile. A dire il vero rimanemmo un po' impressionate ma non ci perdemmo di coraggio, calme rispondemmo: "Vedrà che il Signore ci aiuterà, ed il venerato Fondatore intercederà senza dubbio per noi". E lui ad insistere: "Sì, è vero, ma il vivere è caro, di quanto possono disporre?". "Siamo povere - fu la nostra risposta - ma confidiamo nella Provvidenza"»³³.

Il 15 aprile 1936 sono a Roma, accolte in udienza dal Card. Rossi. «Il Cardinale si informò di tutto. Ci disse: "Sono proprio contento di loro; anche il Nunzio Apostolico Mons. Aloisi Masella mi manda sempre buone informazioni". Gli facemmo sapere che la località che si voleva comperare per il noviziato di Rio Grande era ormai impossibile poterla avere, chiedemmo se con la medesima somma si poteva comprare un terreno a Bento Gonçalves per il noviziato ed una casa in Caxias do Sul per le suore che frequentano le magistrali. Sua Em.za rimase soddisfatto e disse: "Ecco, così invece di una casa ne acquistano due". Chiamò quindi il Rev.do P. Superiore dell'Istituto di Piacenza che ci aveva seguito a Roma e gli domandò della casa per le suore. Rispose egli che l'ing. Ettore Martini la lasciava per cinque anni senza pagare nulla»³⁴.

La mirabile generosità dell'ing. Martini aveva superato ogni aspettativa e le suore poterono sperimentare che cosa significasse arrivare da lontano ed essere accolte.

Presenza silenziosa e sollecita

Inizia la vita semplice, poverissima e laboriosa tra le mura della casa di Piacenza. In questo silenzioso *ora et labora*, madre Lucia vive «con spirito di sacrificio, senza badare a se stessa»³⁵.

Il Signore plasma così in lei l'azione sapienziale del *custodire* nello Spirito le figlie e le sorelle che le avrebbe affidato. Sono molto interessanti le lettere che con precisione e cura invia alle giovani in ricerca vocazionale, che intrecciano con lei una fitta corrispondenza. Le guida con sapienza e disinvoltura, le orienta, le consola, le sprona a fare meglio, ad affidarsi totalmente a Dio.

Una di queste era emigrata in Svizzera quando decise di entrare in comunità: «Carissima Bruna, le tue notizie mi accertano sulla tua sincerità e sul vivo desiderio di corrispondere con tutto l'entusiasmo del cuore alla chiamata di Gesù. Ho appreso con vera gioia l'annuncio del tuo prossimo ritorno in Italia. Penso pure a quello che provi ed è per questo che mi affretto a farti giungere l'assicurazione della mia preghiera. Fidati completamente del Signore. A Gesù piacciono le anime che sanno dare col sorriso anche le cose più costose, con pieno abbandono a Lui. Coraggio, sii generosa e lieta!»³⁶.

Alla nipote Angelina, emigrata in Belgio: «Gesù Bambino scenda anche nei vostri cuori ricco di grazie e di benedizioni celesti. Vi tenga lontani da ogni pericolo, vi assista in ogni bisogno e vi mantenga sempre buoni cristiani praticanti. Sr. Enrichetta mi ha scritto dell'incontro che ha fatto con te alla Missione di Seraing. Brave, siate sempre di buon esempio»³⁷.

In ragione del suo ufficio dovette affrontare frequenti viaggi in Italia, Francia, Belgio, Stati Uniti, Brasile, Olanda. E ogni volta era solita rimanere un tempo prolungato per aiutare le suore nei lavori più pesanti, incoraggiare, discernere insieme il progetto di Dio sulla comunità con la chiesa locale, i missionari, i migranti. Alle giovani suore ripeteva spesso: «Preparatevi bene, perché la missione è esigente. Da una suora ci si aspetta che sappia fare di tutto e sappia consigliare in tutto»³⁸.

L'amore fraterno era per lei il lievito nella massa: «Figlie mie, il Signore ci ha messe qui tutte insieme non per criticarci. Dobbiamo avere amore. Siamo persone umane, semplici e possiamo mancare anche noi. Quando abbiamo l'amore non stiamo a guardare ciò che fa l'altra, ma ciò che è, figlia di Dio»³⁹. E lei lo viveva:

³² Diario della Provincia S. Giuseppe (Archivio Provinciale), Piacenza, vol. I, 1.

³³ *Ibidem*, 4.

³⁴ *Ibidem*, 7.

³⁵ Testimonianza di sr. Adele Martignoni.

³⁶ Lettera di madre Lucia Gorlin a sr. Concetta (01.12.1952).

³⁷ Lettera alla nipote Angelina (15.12.1952).

³⁸ Testimonianza di sr. Gemma Girolimetto.

³⁹ Testimonianza di sr. Adele Martignoni.

«Appariva a tutti amabile, nella sua bontà innata unita a determinazione. La sua presenza portava pace, appianava ogni problema e preoccupazione»⁴⁰.

Mostrava cura e sollecitudine anche per chi non faceva parte della comunità. Nel diario si racconta: «Dal nostro Istituto seguendo via Roma fino al piazzale, le case sono bombardate, la colonna con la *lupa* caduta, vi sono altri palazzi a terra. In via Alberoni, altre case, tra le quali quella dei signori Donadio. La superiora, uscendo, li incontrò coperti da uno strato di calcinaccio, irriconoscibili, ancora in preda allo spavento, che si dirigevano al nostro Istituto per avere un rifugio»⁴¹.

Sperare contro ogni speranza

«Ho conosciuto madre Lucia a Bassano del Grappa, dove lavoravo già da ragazza. Le sue esortazioni mi hanno fatto amare il progetto missionario: posso dire che mi ha generata alla vita spirituale. I miei familiari però non mi lasciavano partire perché in casa avevano bisogno del mio stipendio. Madre Lucia ha capito il mio conflitto e mi ha assicurato: “Tu fidati di Dio e parti, ai tuoi cari ci penso io”. Sono certa che ci ha pensato davanti al tabernacolo, perché nella mia famiglia si è aperta subito una strada nuova: una mia sorella più giovane ha trovato lavoro a Milano dove percepiva, fra l’altro, uno stipendio doppio del mio»⁴².

«La mia scelta vocazionale è stata molto contrariata dal mio papà. Madre Lucia mi diceva sempre: “Tu non farai i voti se non viene tuo papà”, che invece voleva tornassi a casa a tutti i costi. La vigilia dei miei voti, papà venne, senza alcun preavviso, determinato a portarmi a casa. Madre Lucia, che a causa della sua sordità era piuttosto schiva, quel giorno rispondendo come ad una chiamata interiore è andata in portineria. Quando lo vide gli fece accoglienza e subito corse da noi novizie, impegnate nelle prove di canto, dicendoci di inginocchiarsi e di pregare secondo le sue intenzioni. Noi non sapevamo nulla. Quell’incontro ha cambiato la vita al mio papà»⁴³.

La presenza dinamica di Dio in madre Lucia generava in lei saggezza e capacità creativa grazie ad una vita spirituale intensa e vitale. È evidente in lei che il dono le era concesso soprattutto per illuminare e guidare la sua comunità. Da persona sapiente non aveva solo la capacità di informare su ciò che stava avvenendo: sapeva penetrare nel mistero della realtà, percepire in profondità il senso della storia, aveva una forte sensibilità per le cose di Dio. È questo il motivo per cui poteva diventare punto d’appoggio e di guida agli altri, perché vedeva, sentiva, rifletteva su di sé la sapienza di Dio.

A Piacenza la guerra imperversava e la situazione di pericolo e di estrema povertà in cui si trovava la comunità aveva fatto pensare anche alla soluzione di rinviare in famiglia le numerose giovani candidate. Ancora una volta la giovane comunità scalabriniana fu salva per intervento della preghiera di madre Lucia e della carità dell’ing. Martini che aprì le porte della sua casa di campagna a Casaliggio. L’esperienza della Sacra Famiglia diventava vicina: «Alzati, prendi con te il bambino e sua madre e fuggi in Egitto, e resta là finché non ti avvertirò, perché Erode sta cercando il bambino per ucciderlo» (Mt 2,13-14).

La sua maternità spirituale

La caratteristica più specifica in madre Lucia è l’itineranza espressa attraverso la maternità spirituale: condurre anime a Dio, incamminarle a contemplare la bontà del Signore, in particolare attraverso la risposta alla chiamata alla consacrazione religiosa, perché potessero proclamare: «Gustate e vedete come è buono il Signore» (Sal 34,9). Le sue notti di veglia, a *sentinella* di un progetto che si rivelava guidato dalla provvidenza, sono diventate garanzia di itineranza e spazio di salvezza per tante.

«Quando sono entrata, poiché ero minuta di corporatura, non volevano accettarmi. Madre Lucia con sicurezza disse: “Sarà forte di virtù” e io mi sono sentita subito accolta. Il suo impegno formativo era grande. Eravamo tutte giovani, inesperte. Ci accompagnava sempre con la sua preghiera. Il suo impegno verso la perfezione diventava eloquente attraverso l’esempio, la bontà, la preghiera»⁴⁴. «Mi incanta di lei la donazione: si dava totalmente per la formazione delle anime perché trovassero il Signore. Ha voluto formarci perché potessimo capire la vita del migrante. Era una persona serena, che ti trasmetteva anche la serenità necessaria nei momenti di prova che si passano nella vita. Serena, sempre, nonostante le grosse difficoltà che ha incontrato a Piacenza»⁴⁵.

⁴⁰ Testimonianza di sr. Giustina Cavalli.

⁴¹ Diario della Provincia S. Giuseppe (Archivio Provinciale), Piacenza, vol II (13.05.1944).

⁴² Testimonianza di sr. Arcangela Parolin.

⁴³ Testimonianza di sr. Dorotea Simioni.

⁴⁴ Testimonianza di sr. Adele Martignoni.

⁴⁵ Testimonianza di sr. Chiara Vecchiato.

Da esperta guida spirituale apriva strade nuove nello Spirito: «Sii veramente umile e caritatevole: ama tanto il Signore, tieni costantemente alla sua santa presenza, poni Lui al centro di tutta te stessa! Lo sguardo dell'anima tua sia fisso sempre in Lui, opera per Lui e con Lui, allora vedrai come ti sarà facile ogni cosa, come farai tutto bene e lietamente, nulla ti sarà pesante, tutto saprai utilizzare in bene e nel tuo cuore godrai sempre la gioia più limpida e serena. Coraggio! Gesù ti vuole santa, e santa per davvero»⁴⁶.

«Madre Lucia era una donna che trascinava, inculcava con serietà e dolcezza il bello della vocazione scalabriniana. Aveva il dono di attrarre perché era convinta. Io, ad esempio, non avevo possibilità di avere la dote e la sua risposta è stata: "A me basta lei". Ho viaggiato con madre Lucia per venire a Piacenza, abbiamo parlato tutto il viaggio: più parlava più mi affascinava. Mi sembrava di rivivere l'esperienza di Emmaus»⁴⁷.

«Vivi per Gesù, solo per Lui»

Oltre a quanto già detto, madre Lucia acquista una luce particolare come donna capace di perdonare e di riconoscere la grandezza del prossimo. La sua vita, densa di episodi singolari, si mantiene umile, in una stabilità essenziale, sensibile ai bisogni del prossimo, gioviale, sempre generosa anche nella prova. «Prima della festa di Pasqua Gesù, sapendo che era giunta la sua ora di passare da questo mondo al Padre, dopo aver amato i suoi che erano nel mondo, li amò sino alla fine» (Gv 13,1).

Madre Lucia ha saputo vivere questa Parola in forma eroica, come i suoi maestri nello spirito, sulle orme di Gesù e di sua Madre ai piedi della croce. Paradossalmente la sua itineranza è stata vissuta in modo più sublime negli anni del crogiolo: gli ultimi quattro anni della sua vita. Nella sofferenza continuerà ad accogliere la volontà di Dio nel silenzio, tra preghiera, perdono e penitenza.

Da donna saggia non è mai stata la replica di ciò che gli altri potevano volere da lei. Andava a fondo nelle cose. Non lasciava nulla a metà. Non si autocompiaceva, voleva essere autentica e fedele, non si limitava a rispondere solo a degli schemi prestabiliti. Ha vissuto quello che raccomandava sempre alle suore nei momenti difficili: «Vivi per Gesù, solo per Lui».

⁴⁶ Lettera di madre Lucia Gorlin a sr. Dorotea Simioni (18.08.1951).

⁴⁷ Testimonianza di sr. Claudia Toniolo.